

Esperanza firme en adviento y siempre

Carta en este tiempo fuerte del 2006

San Pablo, en su carta a los Romanos, escribe: “Por Jesucristo hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Rm 5, 2). En una nota, a pie de página, de este texto explica la Biblia de Jerusalén:

“La esperanza cristiana es la espera de los bienes escatológicos: la resurrección del cuerpo, la herencia de los santos, la vida eterna, la gloria, la visión de Dios, en una palabra, la salvación propia y de los demás... (La esperanza) se funda en Dios, en su amor, en su llamada, en su poder, en su veracidad y en su fidelidad en mantener sus promesas formuladas en las Escrituras, y en el Evangelio, y realizadas en la persona de Cristo. No puede, por lo mismo, fallar. Dirigida esencialmente hacia bienes invisibles, se apoya en la fe, y se nutre de la caridad, las otras dos virtudes teologales con las que mantiene estrecha unión. El espíritu Santo... es su fuente privilegiada, que la ilumina, la fortalece, le hace orar y realiza por ella la unidad del Cuerpo. Fundada en la justificación por la fe en Cristo, ofrece plena seguridad, consuelo, alegría, y ufanía; no se deja abatir por los sufrimientos del presente, que cuentan poco en comparación de la gloria prometida, sino que por el contrario los soporta con una “paciencia” que la purifica y la afianza.”

Uno de los elementos que caracterizan el tiempo litúrgico de adviento es, precisamente, la esperanza. Hasta tal punto es así que, durante las cuatro semanas que preceden a la Navidad, la Iglesia celebra algo así como el “sacramento” de la esperanza cristiana. La esperanza, de hecho, es componente esencial de la existencia cristiana, es distintivo de los creyentes en Jesucristo: ser cristiano y no tener esperanza son realidades que no pueden ir de la mano. Juntamente con la fe y la caridad, la esperanza impregna la vida de los verdaderos discípulos de Jesús: “Estas tres cosas permanecen: la fe, la esperanza y la caridad” (1Co 13, 13). Benedicto XVI enseña: “En la vida cristiana, la fe, la esperanza y la caridad van juntas. ¡Cuánto más auténtico y eficaz sería nuestro testimonio en el mundo de hoy...! Sin embargo, la esperanza se practica en la paciencia, en la humildad y en la confianza en Aquél que nos guía” (*Discurso*, 27.2.2006).

Entre tantas personas que, o bien carecen de esperanza porque pretenden, con impaciencia y desasosiego, que sus anhelos se satisfagan al instante, o bien ahogan la esperanza de los más desfavorecidos a causa de la injusticia o la indiferencia, los cristianos alzamos nuestra voz al “Dios de la esperanza” (Rm 15, 13). “El adviento, volvemos al magisterio de Benedicto XVI, es el tiempo en el que los cristianos deben despertar en su corazón la esperanza de renovar el mundo, con la ayuda de Dios” (*Angelus*, 27.11. 2005). Solamente el Dios Padre de Jesucristo nos *da* esperanza y nos es *dado* en la esperanza; es el Dios que abre al hombre hacia el futuro. Y este “Dios de la esperanza” se nos ha manifestado, en el misterio de la Encarnación, en Jesucristo, de cuya resurrección gloriosa brota la esperanza cristiana: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva...” (1Pe 1, 3).

Qué regalo tan grande

La esperanza cristiana es un don, un talento –como los de la parábola– que hemos recibido, no para esconderlo bajo tierra, sino para que ilumine como luz a los que nos piden razón de nuestra vida cristiana. Estemos dispuestos a ello, no sólo con la palabra, sino también con la dulzura y el respeto y, sobre todo, con la capacidad de sufrir lo que sea a causa de la esperanza: “Dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto. Mantened una buena conciencia, para que aquello mismo que os echen en cara, sirva de confusión a quienes critiquen vuestra buena conducta en Cristo. Pues más vale padecer por obrar el bien, si ésa es la voluntad de Dios, que por obrar el mal” (1Pe 3, 15-17). De esta forma, la esperanza puesta en el Señor apuntala nuestra fidelidad a Él en medio de las pruebas y dificultades, por encima de situaciones adversas. “Dura, muy dura es la prueba que estoy pasando –escribía, un día de prueba, el Hermano Rafael–, pero no tiemblo, ni me asusto, ni desconfío de Dios” (*Obras completas*, C(57) – 162).

Seamos, pues, mensajeros, testigos, apóstoles de la esperanza. En estos días y siempre. ¿Qué sería de una fe sin esperanza? San Pablo advierte: estaría “vacía” (cf. 1Co 15, 14ss). En las catacumbas romanas, los primeros cristianos representaban con un ánora la virtud de la esperanza. Quizá sea, sin embargo, más significativo y elocuente el símbolo de la vela de un barco. En efecto, mientras que el ancla mantiene quieta la barca en medio del mar, la vela, ayudada por la fuerza del viento, la empuja hacia tierra firme. Así mismo, la esperanza impulsa y dirige nuestros pasos hacia la Tierra Prometida que Dios nos ha preparado. Seamos, repito, testigos de la esperanza. De una esperanza activa, es decir, de una esperanza repleta de ocupaciones y tareas durante la espera: vigilar, crecer en el amor, madurar e compromisos tantas veces formulados.

Puede resumirse el verdadero sentido del adviento en esta reflexión del Papa actual: “En el adviento, el pueblo cristiano revive un doble movimiento del espíritu: por una parte, eleva su mirada hacia la meta final de su peregrinación en la historia, que es la vuelta gloriosa del Señor Jesús; por otra, recordando con emoción su nacimiento en Belén, se arrodilla ante el pesebre. La esperanza de los cristianos se orienta al futuro, pero está siempre bien arraigada en un acontecimiento del pasado” (*Angelus*, 27.11.2005). San Agustín, ya en el siglo V, explicaba a sus diocesanos: “Adonde va la cabeza, van también los otros miembros. Siendo, pues, miembros suyos, no perdamos, mientras aquí estemos, la esperanza de seguir a nuestra cabeza” (*Sermón 137*). Y, en otro momento, completaba esta misma idea diciendo: “Porque también nosotros hemos resucitado con Cristo, nuestra Cabeza, mediante la fe y la esperanza; mas esta nuestra esperanza se consumará en la resurrección de los muertos. Así, pues, cuando nuestra esperanza llegue a su meta, habrá llegado también a la suya nuestra justificación” (*Sermón 144*, 6). ¡Cuando dejemos de esperar, seremos bienaventurados, dichosos, felices!